

EDITORIAL

Misión y eucaristía son dos motivos que nos acompañarán en este nuevo año de vida en la fe. Se nos presenta una ardua e intensa labor, así como una vivencia muy fuerte en la reconciliación de todos nosotros y en especial de nuestras familias cristianas; mucho más necesaria es esa reconciliación en aquellas personas y familias que aún no conocen a Cristo y que necesitan de su misericordia y presencia en todas sus actividades. Todas las familias no hemos sido capaces todavía de poner al Señor en el centro de nuestras vidas y, el centralizarlo es fundamental para seguirle y ser mejores.

La misión requiere de todos nosotros la voluntad de llevar a cada individuo la Buena Nueva y el papel salvador de Dios, del cual todos somos sus hijos. Ir a misionar no es la visita que hacemos en determinada ocasión a todos los miembros de nuestras comunidades y en la que en ocasiones dejamos por escrito algo sobre nuestra fe. No es solo en la comunidad donde la misión puede hacerse. Nuestra conducta, dondequiera que estemos, es la mejor forma de llegar a todos los corazones. Jesús no obligó a sus apóstoles a que se unieran a Él, simplemente los llamó; luego, un convencimiento personal los llevó a seguirle hasta llegar a ser mártires de la Iglesia en el mundo.

La familia Cristiana tiene las condiciones ideales para lograr que la verdad de Dios se siembre en todos. Por su diversidad de miembros, nuestras familias pueden estar en muchos lugares y dejar allí la marca incuestionable de la reconciliación entre los hombres y Dios y entre los mismos hombres.

Los momentos difíciles por lo que está pasando el mundo entero, y que también nos atañe a los cubanos, las guerras, las drogas, el mercado sexual, los desastres naturales que se han sucedido en los últimos tiempos, las decisiones injustas de los gobernantes y otros tantos males, requieren de un cambio de mentalidad y sólo siguiendo las enseñanzas de Cristo y abriéndole nuestros corazones, podemos alcanzarlo. Pero, para poder llevar este mensaje a los demás, debemos todos estar en sintonía con la eucaristía, fuente de amor y vida que nos dejó Jesucristo antes de ser llevado a la cruz; quiso quedarse entre nosotros en las especies de pan y vino, para vivir y estar presente en nuestros corazones. Si durante el “Año de la Familia” nuestro actuar se caracterizó por recuperar los valores que están tan deteriorados en nuestra sociedad y poner en práctica nuevas acciones para lograr que cada familia abriera su corazón a Jesucristo, durante este año tenemos que profundizar en esas y otras nuevas formas para lograr una visita efectiva a los corazones de nuestros hermanos, para hacer que la presencia de Cristo se haga presente en cada rincón de nuestro país.

La verdad de Jesucristo resucitado y de que estará con nosotros hasta el fin de los tiempos se imponen en la actualidad y se evidencia que, éste puede ser el punto de partida para llevarlo a cada una de las familias durante el presente año. La Pastoral Familiar, y el Movimiento Familiar Cristiano, estamos llamados a reforzar nuestra preparación y nuestro actuar para que éste sea un tiempo de cambio profundo, un tiempo en que el hombre responda al llamado de Dios, como hace ya más de 2000 años lo hicieron sus apóstoles.

Familias cubanas, una vez más el Señor nos ofrece la posibilidad de que lo llevemos con nosotros a donde vayamos; Él pondrá en tus labios el mensaje de amor y verdad que invitará, a todos los que lo oigan, a vivir un mundo interior de paz y espiritualidad basado en el amor al prójimo y la lucha por la verdadera justicia. Esta será, además, una posibilidad más que Jesús nos brinda para mejorar nuestro actuar y crecer en espiritualidad, servir y desarrollar en el seno de nuestras familias una vida muy semejante a la de la Familia de Nazaret.

No desaprovechemos este “Año de la Misión” para fortalecernos en la fe.